



Mery, Jennifer y Marizol preparando el ambiente en una de las reuniones navideñas que tuvieron en Tokio. Este año el festejo se trasladará a Nagoya.



Yovanna y el Niño que trajeron desde el Cuzco en brazos.



TEXTO: EDUARDO AZATO SHIMABUKURO
Fotos: Archivo familiar

Jennifer y Yovanna volvieron luego de muchas décadas a su casa en el pueblo de Espinar, Cuzco, y trajeron consigo al Niño.

rural de Espinar porque no había médicos que atendieran a los pobladores. Allí se instalaron y vivieron hasta los 90 junto a sus 12 hijos. Son una familia muy reconocida allá, dado que alguno de sus integrantes también ocuparon importantes cargos en el municipio. Un centro de salud que se está terminando de construir allí, llevará el nombre de su padre, en reconocimiento.

“Mi papá era de esos médicos dedicados que atendían a quienes lo requerían sin pedir nada a cambio y hasta les regalaba los remedios muchas veces. Yo era niña, pero recuerdo que muchas veces le pagaban con lo que los campesinos podían darle, lo que cosechaban, quesos, los animales que criaban, etc. Mi madre también era una persona muy dinámica y caritativa que llegó a crear una fundación de ayuda a los pobladores. En Navidad, todos los años, la casa se abría para quienes quisiesen apreciar el Nacimiento que con mucho entusiasmo armaban mis hermanos mayores. Se formaban largas filas para ver al Niño, era una atracción en el pueblo. Igualmente, anualmente se regalaban juguetes a los niños, chocolatada y panetón, una tradición que siguió realizándose hasta que falleció mi hermano”, rememoran.

“Con la familia aquí en Japón, tratamos de continuar con la costumbre instaurada por mis padres para ayudar a la niñez de Espinar. Recuerdo con nostalgia que en casa todos los hermanos nos juntábamos y disfrutábamos de una cena deliciosa cocinada por mi madre, que mandaba traer camarones de Mollendo (Arequipa) para preparar un chupe, así como los infaltables pavo y lechón asado. Era un gran banquete, porque nuestra familia es numerosa”, cuenta Maritza.

“MANUELITO” EN JAPÓN

El “Niño Manuelito”, en la tradición artística cuzqueña, se representa como un bebé blanco con cabellos negros, obtenidos del primer corte de pelo de un niño. Los artesanos lugareños, como los del famoso distrito de San Blas, suelen esculpirlo en diferentes poses, tamaños y estilos. Los hay de madera o yeso y son creados con ojos de vidrio y paladar de espejo, como el que tienen en la familia Espinoza, una figura de más de un siglo con un valor artístico y sentimental incalculable.

Consideran que haber traído la figura al Japón los ha unido más. Los ocho hermanos quieren tenerlo siempre en casa, por lo

que han acordado que cada uno lo guarde en custodia durante un año y que su familia se encargue de organizar la fiesta navideña familiar como lo hacían de niños, sea en Aichi o en Tokio, donde hoy viven. Y su llegada ha sido muy bien acogida también por sus esposos (la mayoría de los hermanos están casados con japoneses), sus hijos y nietos, también nacidos aquí, los que en los últimos años han sido bautizados en el catolicismo.

“Todos los años, meses antes de cada celebración navideña se nos presenta una bonita y feliz preocupación: la de ver dónde nos reuniremos. Hasta el momento hemos podido juntarnos en las casas de dos hermanas en Tokio, donde conseguimos entrar todos. Este año lo haremos en Nagoya. Imagínese, entre hermanos, sus esposos, nuestros hijos y nietos, somos como 50 personas, un batallón. En el futuro tendremos que alquilar un local para hacerlo porque no todos tienen casas grandes. Han sido reuniones muy bonitas que han fortalecido el espíritu de familia en nosotros, como cuando estábamos en el Cuzco, y ahora añadiendo a los miembros de nuestras propias familias que han adoptado esta costumbre con mucho gusto. A raíz de todo esto, mis hijas y sobrinos también, viendo el ejemplo de sus abuelos que ayudaban a la gente humilde de Espinar, también practican trabajo comunitario en calidad de voluntarios y desean conocer algún día el pueblo. Como le digo, este Niño ha traído muchas bendiciones a la familia”, añade Maritza.



La familia Espinoza Enriquez anualmente regalaba juguetes y ofrecía una chocolatada para los niños del poblado.